
Rafael Loret de Mola



Los cómplices

OCEANO

ÍNDICE

Expiación, 13

El botín, 17

Los vecinos, 41

Las cofradías, 61

Las apuestas, 81

Bendición apostólica, 101

Los cómplices, 121

Mano caída, 141

Los banqueros, 161

Los socios, 185

Los caciques, 207

Los narcos, 227

Las emboscadas, 247

Epílogo: provocaciones finales, 267

Página del lector, 277

Índice de nombres, 279

Expiación

No sé cómo he podido llegar hasta aquí. Prefiero obviar el asunto para seguir disfrutando de mi libertad de expresión aun con los severos riesgos que ello conlleva.

¿Por qué no me han matado? Reflexiono motivado por el impulso que las mafias, las cofradías y los socios intocables han procurado y porque, en más de una ocasión, ellas me han hecho llegar sus mensajes perversos. Mis lectores también se lo preguntan, sacudidos por las denuncias periodísticas que tienen sentido y objeto: conocer a quienes manipulan nuestras vidas para poder aspirar siquiera a deterrarlos.

¿Y por qué escribo todo esto? Alguna vez expliqué que la libertad no acoge a todos los espíritus. Es fruto, sí, de quienes reclaman un horizonte más digno. El autor escribe y denuncia; los lectores se informan, participan y orientan. Y en este ejercicio surgen derroteros comunes con desenlaces apasionantes.

¿Se habría dado la alternancia en México si no se conocieran los escándalos, las atrocidades y las complicidades del viejo régimen? Cuando una sociedad se informa, las voluntades de los predadores, al fin, dejan de hacer daño.

Las mafias están aquí, perviven ligadas entrañablemente al devenir político. Volvamos sobre esas mafias para explicar el contexto presente y proyectar el porvenir. Hagámoslo sin miedo, vigorosamente.

De esto se trata. Compartan, amables lectores, la experiencia excepcional de escudriñar por alcobas y pasillos, sin tabúes ni prejuicios, en busca de la verdad. No se arrepentirán porque no he dejado nada en el tintero.

El botín

—No creo que me desgasten las críticas de prensa. Además, tengo tres grandes aliados.

Botas, hebilla y bigote ranchero. Tres líneas fundamentales para el perfil del presidente de México; sin ellas quién sabe si sería tan evidente el cambio. Todavía bajo la euforia por su victoria electoral, Vicente Fox Quesada ordenó apresurado adaptar la residencia del Paseo de la Reforma, marcada con el número 607, en la colonia Lomas de Chapultepec, que le había servido como casa de campaña en el Distrito Federal: mandó colocar de inmediato un asta bandera. Ahí despachó hasta su traslado a Los Pinos; por las noches, rúa arriba, prefirió la comodidad del hotel Fiesta Americana.

Inquieto, hiperdinámico, alto guanajuatense forjado en el campo y despierto a la política por Manuel J. Clouthier, aspirante presidencial del Partido Acción Nacional en 1988, parece relajado al mediodía del lunes 18 de septiembre de 2000. Apenas catorce días antes había sido reconocido mandatario electo, con la calificación de rigor de la entrante LVIII Legislatura, tras la caída del “muro” priísta. Aún era soltero... aunque mantenía cerca a su “novia” Martha Sahagún Jiménez.

—¿Tres aliados, don Vicente?

—Sí. En los medios de información. Me basta con ello.

Seguro de sí, sin embargo escucha:

—Es de preocupar —le digo— el desgaste innecesario que está sufriendo su imagen.

—No hay tal. Todos los días medimos nuestros índices de popularidad y vamos muy bien. Quienes nos atacan no han acertado.

No hay margen para la réplica. Vicente Fox justifica que el apoyo de la ciudadanía es tan contundente que no requiere mantener discusiones con quienes no coinciden con él. Así me lo hace sentir cuando expresa cierto malestar con algunos informadores:

—Están sirviendo —sentencia— al viejo régimen.

Le observo cansado, deseoso de apoltronarse sobre el cuero de su sillón de oficina. En mangas de camisa, otra característica infaltable, y con la diestra sujetando el descansabrazos, asimila la conversación:

—Mi tesis, señor presidente, es que usted no ha conquistado el verdadero poder; y es dable esperar la reacción de las mafias.

Fox mide, observa con fijeza y apenas asiente con la cabeza. No agrega una palabra más cuando le entrego la separata de *La tempestad que viene*, mi libro. Un apretón de manos y la cortesía de acompañar al visitante hasta la puerta.

El verdadero poder. ¿Quién lo detenta? Hay quienes asumen que los mandatarios mexicanos son empleados del gobierno de Estados Unidos. Y, sin embargo, tampoco los presidentes estadounidenses pueden sentirse seguros. El demócrata James Carter, quien fuera gobernador de Georgia antes de asumir la mayor responsabilidad ejecutiva de su país en enero de 1977, solía poner distancia:

—Debo discutir con la Casa Blanca —explicó con motivo de su visita a México en febrero de 1979 cuando fue víctima de “la venganza de Moctezuma”, una feroz hecatombe gastrointestinal— antes de tomar cualquier acuerdo bilateral.

De hecho, es ésta la “nomenklatura” del mundo capitalista capaz de imponerse a quienes presumen ser, mediante el autoelogio de los fuertes, los “líderes del mundo libre”.

—Es curioso —divulgué por los micrófonos de *Monitor de Radio Red*— que las tres elecciones más controvertidas, y acaso infectadas, en el devenir político de la Unión Americana hayan concluido

afectando a quienes despachaban en la oficina oval o en otra muy cercana.

—¿Cuáles? —preguntó Enrique Muñoz, conductor del noticiario.

—En 1960, John Fitzgerald Kennedy, demócrata, con ayuda de la mafia italiana e irlandesa, se impuso por escaso margen al entonces vicepresidente Richard Nixon; en 1976, otro demócrata, James Carter, ganó los escrutinios con una carretada de denuncias en su contra y desplazó al entonces presidente Gerald Ford; y en 2000, George Bush, Jr., con el auxilio de su hermano Jeb, gobernador de Florida, y sobre todo con el consenso de las mafias, la china fundamentalmente, logró abatir políticamente al entonces vicepresidente Albert Gore.

Si es dable hablar de fraudes comiciales, en Estados Unidos éstos ocurren al revés, es decir, en contra de quienes mantienen el poder y los controles. Y quienes llegan, por lo general, son llamados a modificar las estrategias perjudiciales para la carrera armamentista... a riesgo de morir si no actúan en el sentido que se les demanda. Recuérdese la conjura contra Kennedy y su desenlace: el crimen de Dallas en 1963 presuntamente con el patrocinio de las mafias que intentó desplazar aquel mandatario.

George W. Bush, por supuesto, tiene profundos nexos con México. Son sus amigos los gobernadores Miguel Alemán Velasco, de Veracruz, y Tomás Yarrington, de Tamaulipas. Y fue en Texas —la plataforma política del segundo Bush que alcanza la presidencia de Estados Unidos mediando sólo la gestión de William Clinton— en donde se dio refugio, en la cárcel se aleja, al célebre Juan García Ábrego, capo del cártel del Golfo, quien fuera tan protegido durante la administración de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994).

En la frontera de Tamaulipas y en el “otro lado” se dan las conexiones. En Reynosa, capté la historia oculta:

—¿Te acuerdas de Juan Nepomuceno Guerra, muerto al correr el 2001? —pregunta Heriberto Deándar, director de *El Mañana*. En su casa crecieron García Ábrego y Manuel Cavazos Lerma, el exgober-